

ALGUNAS CUESTIONES DIFICILES EN TORNO A LA NUEVA EVANGELIZACION

Segundo Galilea, Pbro.*

Uno puede constatar mucha coincidencia temática en torno a los desafíos y orientaciones con respecto a la Nueva Evangelización. Tanto en numerosos trabajos y artículos, como en documentos oficiales de Iglesia (discursos papeles, directivas pastorales de diversos episcopados latinoamericanos, y por supuesto el documento CELAM "Elementos para una reflexión pastoral en preparación a la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano"). Estas coincidencias abarcan tanto lo que se refiere a imperativos o prioridades de acción (v.gr. ante la juventud, las sectas, etc. . .) como a lo que se refiere a las grandes perspectivas globalizantes con las que se debería enfocar una nueva evangelización en América, en las postrimerías del segundo milenio.

Estas perspectivas globalizantes (es decir, que afectan e influyen en todas las áreas y situaciones a evangelizar en el actual contexto latinoamericano) son varias. Aquí quiero referirme sólo a algunas de ellas, tanto por su importancia y recurrente presencia de cara a una nueva evangelización, como por el hecho que son objeto de discusiones y tensiones en su interpretación, que veo necesario llevar a complementarse y converger en un mismo empeño evangelizador. Las perspectivas pastorales a que me refiero son ciertas cuestiones que se refieren a la primera evangelización en América, a la evangelización de la cultura, y a la opción preferencial por los pobres. No creo necesario insistir que estas cuestiones no son nuevas, sino constantes en el quehacer de la Iglesia en nuestro continente. Son desafíos permanentes, acentuados a partir del últi-

* Pastoralista. Profesor en el Seminario Mayor de Santiago de Chile. Párroco. Chileno.

mo Concilio y de las conferencias de Medellín y Puebla, y que la nueva evangelización quiere abordar con decisión.

Tomaré las tres cuestiones por separado. Cada una ofrece una problemática diferente, que influye en el ánimo y actitud de los agentes de pastoral y evangelizadores en general, que conviene discernir. Si algunas de mis apreciaciones no fueran justas, a lo menos pueden servir para reforzar el diálogo y la comunión eclesial.

1. LA "PRIMERA EVANGELIZACION" Y LA "NUEVA EVANGELIZACION"

Con ocasión de la celebración del V centenario de la evangelización de América, y de la próxima IV conferencia del episcopado latinoamericano, se ha escrito profusamente sobre la "primera evangelización". En sí misma y como referencia crítica de la "nueva evangelización". Algunos escritos presentan los hechos sobresalientes, los criterios, métodos y contexto humano e histórico de la primera evangelización. Otros en cambio, tanto de origen eclesial como profano, la evalúan y sacan conclusiones sobre el papel de la Iglesia en la conquista, y del catolicismo en la historia de América hasta nuestros días. Los que se sitúan en esta perspectiva de evaluación e interpretación, difieren grandemente entre sí (no todos ellos, además, son historiadores profesionales). Las opiniones van desde aquellos que valoran altamente y sin reticencias la primera evangelización, y atribuyen sus deficiencias a la insuficiencia de toda obra humana, hasta aquellos que descubren en ella más sombras que luces, hasta el punto de considerar que lo único positivo e indiscutible de esta evangelización es el mero hecho de haber traído el cristianismo a América. Y, por supuesto, hay otras opiniones intermedias.

Considero algo fútil hacer de la primera evangelización un tema polémico, con el pretexto de no repetir errores, ya que las condiciones son tan diferentes, que en nuestra actual evangelización no podríamos repetirlos, aunque quisiéramos. Las lecciones en cuanto a criterio y método que podríamos extraer de la evangelización del S. XVI (en lo positivo y en lo negativo) creo que son, por lo mismo, bastante escasas. Por otra parte, muchas de las evaluaciones y opiniones al respecto, sobre todo las más críticas y sombrías, tienen el serio defecto de juzgar hechos, orientaciones y criterios del pasado a partir de nuestras perspectivas históricas actuales —teológicas, pastorales, culturales y políticas—. Lo cual viola un principio fundamental de las ciencias de la historia: biografías, hechos, procesos históricos han de ser presentados, y si cabe interpreta-

dos, no desde nuestro punto de vista, sino desde el punto de vista de los actores de entonces.

En fin, la tónica del V centenario y de la nueva evangelización, es mirar al futuro y tomar ocasión del pasado para un nuevo comenzar, unidos en la esperanza, tanto para la Iglesia como para los países de la patria grande americana. Quiero entonces hacer unos alcances sobre la cuestión de la primera evangelización.

En primer lugar, si ésta hoy día nos interesa (a más de adquirir cultura histórica), no es tanto para aprender pastoral, sino para conocer y comprender mejor nuestro propio catolicismo, cuyas características, aún espirituales, no se entienden sin entender cómo fuimos cristianizados. Esto es también indispensable para entender la peculiar relación que existe entre Iglesia y Estado, Iglesia y sociedad, e Iglesia y cultura en América Latina. El tema da para muchos libros, ya escritos por gente más competente. No es lugar para elaborar sobre él. Sólo quiero recordar que el mestizaje de nuestro catolicismo indo-europeo-ibérico, que hoy llamamos "catolicismo popular", con sus características, sus deficiencias y sobre todo sus valores, que nos permiten hacer de él un factor tan importante de evangelización, se generó en la primera evangelización. Lo mismo habría que decir del estilo "cultural" del catolicismo iberoamericano: el hecho que haya más católicos por tradición y por la cultura del lugar, y menos por una opción personal que los hace "distintos", nos viene del hecho que la primera evangelización procuró la unanimidad católica, amalgamando la fe con la cultura y la nacionalidad, en un mismo crisol. Los temas doctrinales, los sacramentos, las devociones, los puntos de moral que acentuó la primera evangelización, están en la base de los valores e insuficiencias que conforman el cristianismo hispanoamericano, y de los desafíos que confronta la nueva evangelización.

La siempre ambigua y al mismo tiempo siempre fluída relación que existe en todos los países de América Latina (cualquiera sea la ideología de los gobiernos de turno) entre la Iglesia y el Estado (siempre hubo y hay tensiones, nunca rupturas de uno u otro lado, siempre se busca mutua colaboración y aún apoyo —la legitimidad que puede dar la Iglesia es acariciada por los gobiernos—), no se entiende sin la primera evangelización, donde la Corona, la Iglesia y las instituciones sociales tenían ya, como un ideal, ese tipo de relación. . .

En segundo lugar, la primera evangelización nos interesa como inspiración y modelo de mística misionera (el "renovado fervor" que pide

Juan Pablo II). En este punto la evangelización del S. XVI es sencillamente admirable. Si se piensa en los increíbles desplazamientos geográficos de esos misioneros para llevar el Evangelio, su falta de protección y precariedad de medios, sus enormes dificultades para comunicarse con culturas tan distantes como diversas; si se piensa en la cantidad de evangelizadores que se hicieron santos al venir a América o que conocieron el martirio, no será fácil para la nueva evangelización emular su mística y su fervor.

En tercer lugar, no me parece que sus métodos y criterios pastorales, tomados en sí mismos, nos sirvan hoy de mucha ayuda. La distancia histórica, eclesial, socio-política y cultural es demasiado grande. Nos cuesta enormemente identificarnos con los criterios y valores de esa época. Pues si a los jóvenes de hoy les cuesta imaginarse ciertas cosas de la Iglesia anteriores al Concilio Vat. II, y ven tan remoto el catolicismo de hace 40 años ¿cómo podríamos realmente comprender el de hace 500 años?

Hoy nos parece una aberración el hecho que una evangelización siga el itinerario de una conquista. Que los misioneros lleguen pisando los talones a los conquistadores, y que la cruz sea plantada por donde pasó la espada. Pero en una época en que no existía el Derecho Internacional; en la cual la guerra, la conquista y la anexión creaba derechos, generaba nuevas fronteras y establecía la expansión territorial como ideal legítimo (hasta el S. XVI el punto no causó escrúpulos a los portugueses y españoles, a los aztecas, incas o mayas, a los árabes, los chinos o los rusos, a los franceses, los anglos, los germanos, los polacos o los escandinavos, a los venecianos, milaneses, romanos o toscanos. . .); en una época, en fin, en que una cultura más "fuerte" inevitablemente se imponía a una más "débil" (no existía una ciencia de la cultura), la colonización era bien vista y se consideraba virtuoso el dar a conocer la verdadera fe por cualquier medio; en una época así, digo, era inimaginable evangelizar territorios nuevos y hostiles de otra manera. Una evangelización que no siguiera el itinerario de la colonización era inevitable. Esta es una de las ironías de la historia, que permitió la expansión del cristianismo: el que el acceso a la fe de los pobres y marginados haya sido posible a causa de grandes empresas colonizadoras. Ello no sólo se aplica a América (que no es caso único, ni mucho menos), sino también a la evangelización de la antigua Europa a través del imperio romano primero y de los germanos después; al inicio de la cristianización del Oriente a partir de San Francisco Javier, que no habría sido posible sin la expansión de Portugal en esa zona, para no hablar de los comienzos de la evangeliza-

ción del Africa negra en el S. XIX, que coincide con la culminación del colonialismo.

Todo esto explica, para volver a nuestra primera evangelización, que grandes teólogos y auténticos santos no hayan cuestionado los fundamentos de la conquista y la colonización. Eran hombres de su tiempo, y aunque la caridad de su profetismo los opuso a los abusos (en cuanto a la relación con los indios o los esclavos negros, o a la violencia), no podían tener la visión de oponerse a los usos. Teólogos y santos no suelen ser super-hombres ni profetas del futuro.

En el mismo orden de cosas, los métodos de la época, de "conversiones" y bautismos masivos, hoy nos parecen muy mala pastoral. (En descargo de esos métodos hay que recordar que la catequesis venía después, y por cierto con métodos bastante buenos). Pero en la mentalidad de la época, otro método resultaba impensable, y más aún, ineficaz. Pues prácticamente hasta el S. XVII (y a partir del S. IV) Europa y el resto del mundo consideraban perfectamente normal el que a tales regiones o países correspondiera tal religión; que el pluralismo religioso constituyera una amenaza de disgregación nacional; y que la conversión de los gobernantes y dirigentes aseguraba la conversión de los pueblos de modo inevitable. Durante siglos, la cristianización de Occidente tuvo —en sus grandes rasgos— carácter masivo y de arriba para abajo. Esto nos parece muy extraño, pero en su época era, precisamente, ser fiel a la realidad, a la cultura y a la historia.

En suma, pienso que no conduce a mucho invertir mucho tiempo y energías en evaluar y criticar la primera evangelización. Procuremos más bien que su intenso fervor e innegables logros inspiren y alimenten nuestra esperanza en la nueva evangelización.

2. LA EVANGELIZACION DE LA CULTURA

Hoy me parece vano discutir, tal como se hizo beligerantemente antes de la conferencia de Puebla, cual perspectiva es la más importante para la evangelización en América Latina: la evangelización de la cultura o la opción preferencial por los pobres. Pues por una parte ambos están estrechamente ligados: la pobreza inhumana y el contraste social forma parte de nuestra cultura, y a su vez, una cultura no se evangeliza en su raíz si no se humaniza y libera de sus injusticias. Por otra parte, la prioridad de un aspecto con respecto al otro no depende de consideraciones teóricas, sino de las circunstancias de cada entorno pastoral, que suelen ser diversas y cambiantes.

Evangelizar la cultura es ciertamente un objetivo permanente en toda evangelización, en América Latina o en cualquier parte. Entre nosotros, sin embargo, el tema se ha ido situando como uno de los desafíos prioritarios de una nueva evangelización, sobre todo a partir de Puebla. Ocupa un lugar destacado en el documento CELAM "Elementos para una reflexión pastoral en preparación. . ." La razón de ello, es la presencia progresiva, en nuestro continente, de criterios y tendencias culturales nuevas, de orientación secularizante y ambigua con respecto a la fe y ética cristianas. Puebla, y el doc. CELAM mencionado la llaman "cultura adveniente"; su ambigüedad consiste en contener a la vez valores, que aunque suelen estar despojados de referencia religiosa, tienen honda resonancia cristiana, junto con elementos negativos, que amenazan con desvirtuar el sentido cristiano de la vida y de las liberaciones humanas en nuestro pueblo. (Las Orientaciones Pastorales de los obispos chilenos, por ejemplo nn. 13 y 14, traen una buena síntesis al respecto).

Ahora bien, en estos momentos es dable apreciar —a lo menos yo lo veo así, y también hombres de Iglesia con mayor autoridad— dos actitudes pastorales con respecto a esta cultura adveniente. Doy por sentado que todos están de acuerdo en los principios doctrinales, pero no debemos olvidar que la evangelización no se guía sólo por principios, sino mucho también por actitudes interiores. Y las actitudes son hijas de una cierta formación, de ciertas experiencias pasadas, y sobre todo de una espiritualidad. De otro lado, no hace falta recordar que las actitudes pastorales no se dan nunca en estado puro en la persona de los evangelizadores, y que más bien predomina una u otra según los casos. En una auténtica evangelización, es necesario que lo mejor de ambas actitudes esté presente.

Una primera actitud, tiende a acentuar en la cultura adveniente (en la secularización, en la modernidad) lo que tiene de foráneo y de ajeno a nuestra tradición cultural cristiana, y lo que implica de amenaza para los valores del substrato católico de América Latina. Advierte con preocupación que la secularización está contagiando, más o menos sutilmente, no sólo al pueblo (aquí el contagio es evidente) sino también a la misma Iglesia, y aún a su personal consagrado a la evangelización. Así, se dan ejemplos de liturgias y de celebraciones excesivamente centradas en cuestiones temporales y con poca referencia al misterio y al don de Dios; demasiadas predicaciones y catequesis cuyo centro ya no es Jesucristo sino más bien problemas coyunturales. Se señalan significativos sectores del personal consagrado excesivamente secularizados en su estilo de vida y aún vestimenta, lo cual sería una de las causas importantes

de las crisis de identidad entre ellos y ellas, y de la falta (o de la poca perseverancia) de vocaciones. . .

En esta actitud, parece, a lo menos implícitamente, que la evangelización de la cultura consistiría sobre todo en enfrentar la cultura adveniente, con su secularización y modernidad, con la genuina cultura latinoamericana, cuyo substrato católico hay que potenciar y someter a una nueva evangelización, a fin de hacerlo "competitivo" con la cultura adveniente. A veces parecería que se entiende por "evangelizar la cultura actual", ofrecer una alternativa cristiana a la cultura adveniente.

Los elementos típicamente positivos de esta actitud (que no podemos presentar sino simplificada) ante el desafío de la nueva cultura, son su insistencia en lo específicamente religioso, en los valores del catolicismo popular, en la pureza de la doctrina, en la identidad cristiana y eclesial. . . Los riesgos de esta postura (pues toda actitud pastoral y toda espiritualidad tiene sus propias tentaciones y "demonios"), podrían ser una cierta distancia o aversión ante el mundo de hoy tal cual es, en circunstancias en las que toda evangelización requiere por parte de la Iglesia y sus ministros empatía y cercanía pastoral. Llevada al extremo, esta tentación podría conducir a formas de "fundamentalismo" pastoral o de sectarismo católico; igualmente a una actitud de desconfianza y de miedo al futuro.

La segunda actitud que se da es aquella que, tiende a ser benevolente con la cultura adveniente. No la considera tanto un producto importado ajeno al continente, sino más bien un hecho consumado, con aspectos ya integrados en la tradición cultural latinoamericana. Se ha ido mezclando con el muy real y siempre vigente substrato católico del pueblo, para ir creando algo nuevo, y sin duda ambiguo. Considera entonces que las ambigüedades y aberraciones de la modernidad secular no deben hacer olvidar que también en la cultura adveniente —como en cualquier cultura producida por el hombre— habitan "semillas del Verbo" y muchas resonancias cristianas que pueden y deben ser desarrolladas.

Para esta actitud, la evangelización de la cultura (y para el caso la nueva evangelización) requiere que los evangelizadores se hagan parte de ella, críticamente, a fin de purificar lo malo y salvar lo más posible de lo bueno. En esta perspectiva, ven como necesaria una cierta secularización de la Iglesia, una acentuación de su papel social, una inculturación decidida y multiforme de la liturgia, una catequesis y predicación adap-

tada a la nueva mentalidad cultural. . . Los “demonios” de esta actitud suelen ser la complacencia ética o doctrinal en el diálogo con la cultura, las trampas de la secularización, el olvido de que el cristianismo (particularmente la vida consagrada) siempre tendrá una dimensión de “anticultura”. . . En el límite, esta actitud puede llevar a disolver la vertiente profética de la Iglesia y su misión, o de reducirla tan sólo a las cuestiones sociales.

Estas posturas de hecho se dan matizadas, y sólo en minorías, en estado más o menos puro. Su mutuo acercamiento y complementación constituye, a mi modo de ver, una de las cuestiones difíciles que desafían la nueva evangelización. La contraposición de estas posturas explica muchas de las tensiones y divergencias que atraviesan todos los estamentos de la Iglesia de hoy. Lo cual no es ni muy novedoso ni muy alarmante: esta situación, aunque expresada en otros términos pastorales o teológicos según las épocas, ha acompañado la historia de la Iglesia desde el inicio. Pues en el caso que estamos analizando, se trata de una variante más de la tensa y constante paradoja cristiana: ser del mundo (compartir la historia humana desde dentro), y no ser del mundo.

Un caso típico de esta tensión es la diversa evaluación del estado de la Iglesia hoy día. Para muchos cristianos de posturas muy diferentes, la Iglesia atraviesa por una crisis y estaría malogrando su oportunidad de convocación y evangelización. Cuando se trata de señalar las causas de la crisis, los análisis son muy divergentes, así como los remedios que se proponen —según se trate de sectores “conservadores” o “liberales”— (la clasificación, de uso periodístico, es muy mala; me permito usarla para entendernos; en parte corresponde a las dos actitudes arriba mencionadas, pero ni aún eso es bien exacto). Unos piden un amplio pluralismo en todo; otros, una mayor centralización y control; unos piden más experimentación pastoral, otros más fidelidad a las orientaciones oficiales. . . Se podrían agregar otros ejemplos. Lo que tal vez debería ser siempre recordado por unos y otros, cualquiera sea la mejor solución, es que la Iglesia se renueva y hace significativa no tanto por cambios de estructuras u orientaciones externas, sino por la renovación permanente, tanto personal como comunitaria, de la fe, la esperanza y la caridad.

Volvamos a nuestras dos actitudes de cara a la evangelización de la cultura. El desafío que esto nos plantea no se resuelve marginando posturas legítimas, aunque sean discutibles (en la Iglesia algo puede ser discutible y con todo legítimo). O con el triunfo de una tendencia sobre la

otra. Pues la nueva evangelización necesita de los valores contenidos en ambas y la Iglesia sabe que el pluralismo legítimo constituye una de las grandezas del catolicismo.

El desafío lo veo más bien en que cada evangelizador (y cada grupo que más o menos representa posturas diferentes) debe estar abierto a la complementariedad y a una síntesis que se enriquezca continuamente con la autocrítica y la comprensión de las otras posturas. Lo que amenaza y paraliza la evangelización no es la diversidad de opiniones, sino el mesianismo y la polarización. El desafío ante el tema de la cultura lo percibo en términos de cómo evitar hacer de él una polémica interminable y paralizante —que aumentará la perplejidad de párrocos y evangelizadores de base, que a este respecto piden directivas muy concretas y viables, y objetivos claros, en un lenguaje sencillo y asequible para los que no están en los circuitos académicos.

En fin, cualquiera sea nuestra apreciación personal con respecto a la nueva-cultura-adveniente, su evangelización requiere, como actitud espiritual de la Iglesia y sus pastores, aquella que es como la regla de oro de todo apostolado: aquello que se evangeliza, ya sea que guste o no guste, sea fácil o difícil, o aunque predomine la cizaña sobre el trigo, hay que mirarlo siempre con ojos de misericordia, y como Jesús ante las miserias culturales de su tiempo, hay que asumirlo con un corazón lleno de caridad pastoral.

3. LA OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES

Estamos ante otra de las perspectivas pastorales que, además de ser una constante en la tradición bíblica y eclesial, constituye uno de los rasgos propios de la nueva evangelización: la predilección por los pobres, marginados y sufrientes. Esta predilección, que antes que nada es una característica de la espiritualidad católica, es inseparable de la prioridad por su evangelización y por el servicio de la justicia. Por razones de todos conocidas, esta opción preferencial tiene en América Latina una importancia y urgencia especial y constituye una de las marcas distintivas de sus Iglesias locales.

La importancia de este tema no la discute nadie. Sin embargo, en estos tiempos previos a la nueva evangelización, advierto en torno a él una cierta crisis, que nos desafía a una superación. Como toda superación, ésta nos ayuda a madurar el tema del pobre, de su evangelización y liberación. Esta crisis —si se puede llamar así— tiene varias causas, que

mencionaré en seguida. Como resultado, el tema que nos ocupa se ha ido situando en un contexto social y aún eclesial diferente del que predominaba años atrás, lo cual ha ido configurando una tendencia: la opción preferencial por los pobres, en el sentido en que lo entiende Puebla, tiende a debilitarse en el pulso de la pastoral ordinaria y en la formación apostólica —en contraste con la permanente insistencia del magisterio actual sobre ese punto—. Así el Papa Juan Pablo en todos sus viajes y varias encíclicas, declaraciones de episcopados latinoamericanos en el último decenio, que han sido documentadas por el CELAM, para no reiterar la mención, que ya es lugar común, de Medellín y Puebla. El doc. Celam preparatorio a la IV Conferencia, que ya he citado, vuelve sobre el valor de esta opción pastoral (cf. especialmente n. 915).

Las posibles causas del debilitamiento a que me refiero, son —como yo las veo— de diversa índole. Algunas de índole social. De un lado, el tema del pobre y la justicia no concita toda la atención de antes: en América Latina han aparecido otros temas importantes, algunos de carácter negativo (las drogas, la violencia. . .) y otros positivos (la urgencia de la integración de nuestros países, caminos de pacificación, y sobre todo la progresiva democratización del continente. . .). De otra parte, esta creciente democratización política (no aún económica-social) ya es un gran logro, que además ha traído mayor justicia en la cuestión de los derechos humanos. Ello crea mayores expectativas de justicia social. De ahí que el papel pastoral de la Iglesia en ese campo no aparece tan urgente. Ella ya no tiene el monopolio de ser “la voz de los que no tienen voz”. Hoy en día, ciertamente en varios países (y a lo menos en lo que se expresa exteriormente) partidos políticos, sindicatos, instituciones sociales, y parlamentarios de toda índole, usan continuamente el argumento de “lo que favorece a los más necesitados”. Nadie quiere aparecer como contrario a los derechos de los pobres. . . Da la impresión que la opción preferencial por los pobres ha dejado de ser un valor exclusivamente eclesial. (De ser esto verdad, aunque fuera sólo en parte, significaría un logro para la evangelización: ésta tiene éxito cuando los valores cristianos van pasando a la sociedad y la cultura).

Si a lo anterior se agrega la crisis de los proyectos y utopías de liberación social, la crisis de las ideologías, y la desorientación que reina en este campo —al cual muchos cristianos habían ligado estrechamente su opción por los pobres— podemos en algo entender el por qué de la desmotivación de cristianos y evangelizadores a este respecto.

Creo que además hay otra razón, de tipo psicológico-pastoral. En muchos medios cristianos, la opción preferencial por los pobres se identificó (erróneamente por cierto) con la teología de la liberación. Es de conocimiento común que esta teología, en algunas de sus versiones significativas, ha sido cuestionada por la autoridad doctrinal de la Iglesia. A causa de ello, y de otras razones que no vienen al caso, el tema de la liberación dejó de estar de moda y perdió imagen (lo cual es lo menos que se puede decir). Pienso que este hecho, debido a la supuesta identificación "teología de la liberación-opción por los pobres", ha dañado o deslavado, más o menos inconscientemente, la opción cristiana por el pobre. En muchos medios cristianos aparece como algo "politizante", "horizontalista", cosa de "avanzados". La tentación de antes podía ser hacer del pobre un tema incesante y unilateral; la tentación de ahora puede ser diluirlo como un asunto más en la compleja agenda pastoral de la nueva evangelización.

Se esté o no de acuerdo con las consideraciones anteriores, una nueva evangelización "renovada en sus objetivos y en su fervor" requiere reafirmar, y dada la situación actual, también purificar, la predilección por los pobres (cf. doc. CELAM "Elementos. . .", n. 915-916. Y más explícitamente en las recientes Orientaciones pastorales del episcopado chileno n. 156). Ante su desgaste y el cansancio psicológico y espiritual, afirmación y purificación van juntas, y se requieren mutuamente.

La nueva evangelización debe afirmar la preferencia evangélica por el pobre y sufriente, sin complejos, pues ésta forma parte de la revelación bíblica y de la vida de Jesús y de los santos; es un valor tradicional del catolicismo —y no está ligado a modas, a oportunismos, a vaivenes políticos o ideológicos, a coyunturas eclesíásticas, o a realidades sociales favorables o desfavorables—.

Por lo mismo, esta opción cristiana requiere una purificación constante. Una purificación en orden a la evangelización y al compromiso cristiano, significa purificar las motivaciones de nuestras opciones y compromisos, haciéndolos derivar más hondamente de la fe, la esperanza y el amor, y arraigándolos progresivamente en valores evangélicos, en la misericordia de Dios y en la imitación de Cristo. A esta purificación de la opción por el pobre se refiere san Pablo cuando escribe: "... si reparto todo lo que poseo a los pobres. . . pero sin tener amor, de nada me sirve" (1 Cor 13,3). Pienso que las circunstancias de América Latina que mencioné arriba, se nos ofrecen providencialmente como una opor-

tunidad de purificación pastoral —de modo análogo a como las arideces y noches del alma purifican la fe, la esperanza y la caridad—.

Purificar la opción de los pobres, exige igualmente recuperar lo que ésta tiene de específicamente cristiano. Lo específicamente cristiano es siempre la motivación por amor, y en este caso por amor de predilección. Pero va aún más allá. Lo típico del servicio cristiano al pobre es que éste no se limita a servir a los pobres en general, como grupo social, inspirado por una causa ética o política (los que no creen en Cristo también lo hacen), sino en amar y servir a cada pobre que concretamente se cruza en nuestro camino y que necesita de nosotros, porque en él se ve un “sacramento” de Cristo pobre y crucificado. Defender los derechos de los enfermos de SIDA es justicia y ética; darle un beso a un enfermo de SIDA es Evangelio y santidad.

He escogido tres áreas importantes —tres perspectivas más bien— que afectan a la Nueva Evangelización y que ofrecen ciertas dificultades de naturaleza pastoral o espiritual. Es posible que igualmente haya otras. Mis reflexiones precedentes son tentativas y provisionarias, y quieren sobre todo llamar la atención sobre el hecho que la nueva evangelización —y toda evangelización para el caso— llama a los evangelizadores a una renovación y conversión permanente. Una Iglesia puramente volcada al mundo y a los medios de acción, corre el peligro de ser sal que transmite poco sabor (Mt 5, 13). Nadie puede evangelizar si no está él o ella misma evangelizado, y nadie santifica si no se ha puesto a sí mismo en camino de santidad.

La nueva evangelización, junto con ofrecernos una gran esperanza de hacer nuevas todas las cosas por el poder de Dios, es también una hora de gracia para la renovación de nuestra vida cristiana.